

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

puertas al mar

POCOS episodios dramáticos de nuestra época —con estar tan sobrecargada de ellos— resultan tan impresionantes como la catástrofe acaecida al submarino atómico «Thresher», perdido a gran profundidad en el océano. No se trata ya de imaginar el terrible acontecimiento sobre la desaparición colectiva y sin rastro de más de un centenar de hombres, hecho este que corresponde a las hecatombes propias del estilo de nuestro tiempo. Los diarios y los comentaristas destacan la todavía defectuosa constitución de los más perfectos adelantos. La ciencia, el progreso, no se han hecho sin riesgos y, aunque suene a retórica y lugar común, la ciencia y el progreso rinden su tributo. La novedad patética del drama está en las circunstancias particularísimas que lo han hecho posible. No creemos que la culpa de todo esté precisamente en la fragilidad o en la insuficiencia técnica de los elementos del submarino, artificio extraordinario de precisiones técnicas y mecánicas, sino en la misma ignota realidad del escenario en que se desenvuelve, es decir, en la condición de las profundidades marítimas.

Somos, naturalmente, por completo, profanos en la materia. Pero en el capítulo 38 del libro de Job, le pregunta una voz al paciente patriarca: «¿Quién pondría puertas al mar? ¿Has llegado, acaso, a las fuentes del océano? Tú llegarás a ellas, pero no harías más; y ¿cómo las olas no frenarían tu orgullo? El mar es hoy el más desconocido de los espacios sobre los que el hombre puede posar su ambición y su mirada. A doscientos metros más allá de su superficie, resulta un mundo inexplorado y casi, con los elementos de hoy, inexplorable. Se prepara para esta semana el descendimiento del colosal batiscafo «Trieste», morada artificiosa para los investigadores dotada asimismo de la mayor cantidad y calidad de aparatos de seguridad y de prospección que haya ideado el hombre. Resulta que en los días en que el hombre se dispone a conquistar el Cosmos, no ha conquistado todavía los secretos innumerables de ese gran vecino nuestro que es el mar en su profundidad con simas que triplican la altura del Himalaya, y con especies de vida totalmente fabulosas e inconcebibles. De todos los astros conocidos, resulta que muy pocos pueden jactarse, con la Tierra, de poseer ese fenómeno natural, y rarísimo en el universo, que es el mar. Y por ello, algunos, con autoridad, le consideran el padre y promotor, en la génesis, de la vida que poseemos excepcionalmente. En este sentido puede considerarse paradójicamente a la tierra como un mundo acuático, en el que la característica más acentuada —observada, por ejemplo, desde la Luna— sería la oscuridad de los océanos. Más del setenta por ciento de los seres vivos de la tierra está en el mar, que sigue siendo para el hombre, a pesar de las investigaciones que desde hace un siglo se realizan, la zona más desconocida del universo que tiene a su alcance.

Según el doctor Roger Revelle, de Scripps, de donde sacamos estos datos (sólo el dos por ciento,

aproximadamente, del fondo del mar ha sido debidamente estudiado. Hasta cuanto conocemos de la topografía del fondo del mar, estamos donde estábamos hace cien años cuando estudiábamos la superficie de la tierra).

Siendo esto así, los potentes submarinos actuales se aventuran en continentes y zonas de los que no poseen el indicio cartográfico más elemental. No decimos que la catástrofe impresionante del

croquis, en un vagón

No son sólo turistas los que ahora empiezan a bajar por las rendijas del Pirineo. Nuestros hombres encontrados ayer a un grupo de otro tipo de expedicionarios que vienen de Francia a pasar sus anticipadas vacaciones en España. Se les reconoce en el acto como algo distinto a los restantes viajeros del tren, sean éstos de aquende o de allende de la frontera. Son un producto especial que acusa todas las gracias de la raza y que seduce por la viveza de su alegría y el desenfado de su porte. Eran no más de una docena, pero sus decires y efusiones contagiaron a la totalidad del vagón. Pronto aquel vagón de tercera participó todo entero de la fiera vital de aquellos pocos.

Los que así vuelven ahora son los trabajadores españoles del sur de Francia a pasar una quincena de vacaciones a sus pueblos españoles del litoral. Los que nosotros encontramos en el tren, compañeros de breve viaje, iban a Castellón, a Valencia, a mezclarse de nuevo en la soledad geográfica de sus pueblos de origen. Ojillos vivaces, charla vehementemente, fonética valenciana de las vocales cerradas y diminutivo agudo. Se habían quitado sus camisas y se habían instalado para el largo y nocturno viaje, en camiseta, sobre los bancos del departamento. En los portaequipajes se balanceaban sus maletas y bultos. ¡Cuánto orden se requiere para llevarse así, hombres solos, la casa entera! A nosotros nos seduce la calidad de esos objetos que se traían de un lado a otro de la superficie del solar, cuando cada uno de los objetos está directamente entroncado con la vida misma. Nuestra propia existencia está repleta de objetos fútiles. Si tuviéramos que llevarnos todo nuestro patrimonio, nos daríamos cuenta de que en realidad estamos sujetos al grotesco de los bibelots y de las chaquetas inútiles, y que la inutilidad de muchas cosas de nuestro alrededor se contagia al fondo de nuestro ánimo y de nuestras vidas. Ellos, por el contrario, están contagiados de la utilidad de todo lo que tienen. He aquí la navajita perentoria que lo mismo desata un nudo o ajusta una falleja que monda un orezudo melocotón. He aquí las asas de esas maletas de madera, repintadas a mano con barniz para la pulcritud del viaje, hechas a la vez del cuero original y del remiendo de unos cordones sagazmente trenzados. Toda la labor del remien-

gran ingenio americano haya debido forzosamente producirse por deficiencia natural de información sobre el ámbito en que se movía. Pero es claro que con el portentoso auge de los medios submarinos de navegación, dotados además para la guerra en los términos de grandiosidad actuales, el mar no es todavía, en sus profundidades, camino seguro. Y como dice el Libro de Job: «¿quién le pondría puertas a ese piélago?»

de y del reajuste de las cosas nos une a ellas y nos convierte de pronto en doblemente propietarios de la vida. Nosotros, los de segunda, no poseemos las cosas ni las queremos. Nuestra propiedad es una posibilidad que nos pasa por los dedos; es como si los objetos solamente transigieran en ser nuestros. Los otros, los de los demás, son suyos totalmente, una vez y otra, y por eso se agrupan a su lado como una turba fiel de perros a los que sería imposible dispersar del contorno. El mundo que yo veía ayer a mi lado, en el vagón, era el mundo de las fidelidades recíprocas del hombre y de sus cosas.

Venían alegres los trabajadores de Francia. La amplitud del horizonte visto y los aires de fuerza no habían menguado uno solo de los rasgos esenciales de su raza. ¡Ese beber con la botella en vilo, sin echarse a morro sobre ella, es como sorber el vino desde el cielo! El cumplido era natural, porque unos y otros desdeñaban o aceptaban el intercambio de sus bebidas y condumios según su gusto. Entre ellos había una mujer joven, la esposa de un muchacho fornido y de ojos claros, que se desmelcaba por dar a todos un poco de lo que ella traía. Y venía también entre ellos un muchacho francés, a quien imaginé invitado por el grupo para gozar de España. Era delicada la manera como algunos de ellos tomaba a chacota su pasmo ante ciertas cosas de nuestra vida y de nuestro paisaje, sin herir su susceptibilidad más que lo preciso, para hacerle ver que aquí también tenemos la nuestra.

Uno de ellos, redondo, vivaz, charlatán y fornido, a instancias repetidas de la joven muchacha, echó a cantar a pulmón pleno cuando el tren perforaba ya los túneles de Castelldefels. Era una voz la suya potente y pastosa. Se ensanchaba todo el aire de la tierra, con la modulación surgida de la canción campera. Nosotros imaginamos, entonces, a estos muchachos en las tierras del Sacro Imperio, allí al otro lado, a la escucha de esa voz, cuando las faenas de la jornada habían terminado. Mucha tierra y muchas horas fuera, pero seguramente ninguno de ellos se había movido de los aires de esa canción. Cuando nosotros nos apeamos del tren, ya en nuestro punto de destino, seguimos oyendo aún un rato esa voz que se perdía entre pitidos y con el chirriar y el tambaleo de los vagones, de nuevo en marcha.